

universo inexplicable, pero tan simbólico como cotidiano: el de las figuras. Esas formas matemáticamente precisas, aparentemente ocultas, que se encuentran, por ejemplo, en los puntos que crean una línea, o en el movimiento del pez en un estanque, o en la mirada que mira y que es mirada.

Presencias y experiencias constantes, repetibles, cotidianas, triviales, que están al margen o en la orilla de nuestra conciencia. Pero gracias a esta marginalidad o irracionalidad, su carga emotiva y enigmática aumenta y con ello el interés por su contemplación.

La coincidencia, el secreto equilibrio, el azar fortuito enriquecen el sentido y la forma de estas figuras. Son circuitos que se interrelacionan al margen de toda una experiencia racional.

Cuando el hombre observa en la bóveda celeste las constelaciones, se maravilla de las figuras que las estrellas forman entre sí, pero ellas no saben que son parte de la Osa Mayor, porque están refugiadas en su individualidad. En ese momento, su destino personal no importa; lo que trasciende, lo que interesa es su destino colectivo. De otro modo podrían permanecer invisibles para la razón, pero nunca para la intuición.

Éste es el juego secreto que Cortázar está poniendo en la mesa de sus lectores. Qué caprichosa figura se activa entre dos personajes que se observan y se confunden hasta convertirse en uno solo. Cuántos círculos indelebles se forman, uno dentro del otro, como en un laberinto, en los diferentes niveles de las historias cortazarianas.

La existencia de estas figuras tiene leyes marcadas, precisas, y el juego consiste en descifrar esa doble realidad, en armar ese rompecabezas de ingenioso diseño, en adivinar ese azaroso sistema de figuras, de signos, de realidades que se van delineando en la imaginación, en la emoción y, sobre todo, en la intuición del lector.

En la obra de Cortázar también hay leyes muy marcadas y todo es parte del

juego, la historia, el lenguaje literario, el discurso, lo que es y lo que no es, lo que debería ser y lo que no debe ser. Lo ausente es lo que más importa, lo que no está, lo que imaginativamente debe trazar o completar el lector.

La lectura es un juego que avanza en varias direcciones. Y como en una gran constelación, hay acordes, ritmos, correlaciones que retroalimentan las partes y el todo.

Lo sustancial no es la estrella aislada, sino el destino compartido. La lectura es un destino compartido entre el autor y el lector. Lo trascendente es el juego colectivo. La contemplación, la intuición repercuten en ese juego. Eso es lo que espera Julio Cortázar de sus lectores.

En este texto, *Las figuras de Julio Cortázar*, Daniel González Dueñas propone, a través de su análisis, una invitación para leer a Cortázar de modo diferente y descubrir ese juego críptico y subterráneo que este autor argentino ha trazado a lo largo de toda su obra.

Leer a Julio Cortázar es ya un desafío; traducir, interpretar ese juego secreto que nos propone González Dueñas es un reto divertido. ❧

Almudena Hernando

Arqueología de la identidad

Akal, Madrid, 2002, 224 págs.

Alberto Vázquez Castro

Como toda buena narración, este libro comienza con la presentación de un viaje iniciático donde la autora percibió que detrás de una aparente simplicidad en el pensamiento de una pequeña comunidad campesina, se encontraba, apenas atisbándonos, una profunda estructura mental que le da coherencia a un mundo distinto del que nosotros conocemos o percibimos, el mundo de los *q'eqchi'*, agricultores de rosa del municipio de Chahal de la Alta Verapaz, Guatemala.

De acuerdo con la autora, la percepción que tenemos de la realidad, y por tanto de nuestra propia identidad, depende del modo de representación que tengamos para “construir” el tiempo y el espacio; la representación puede ser *metonímica* o *metafórica*, y en cada caso el peso del tiempo y del espacio será concebido

de distinta manera, resultando en la construcción social de realidades más estáticas o dinámicas y de identidades más relacionales o individualizadas. En el primer tipo de representación el eje cobertor de la realidad lo impone el espacio; en el segundo se impone una mirada de la realidad ordenada por el tiempo. Las sociedades metonímicas mantienen una estructura simple con poca tendencia a la estratificación y al cambio social. Las metafóricas son sociedades con una alta especialización, una creciente individualidad y una dinámica de constante cambio. Para esta autora el origen de las sociedades estratificadas o clasistas se asocia con la construcción de una conciencia metafórica, en contraposición a la idea de que el cambio social está determinado por cambios en la estructura económica.

La identidad no se encuentra en los restos materiales pero, una vez entendido el marco de la identidad en que se generaron, todos ellos pueden ser interpretados según la lógica que les dio origen. Almudena Hernando propone la expresión de “arqueología de la identidad” para abordar la compleja tarea de los investigadores del remoto pasado de la especie humana, dedicados a la reconstrucción de los patrones mentales de sociedades desaparecidas.

Este libro viene a ser una dura crítica a los arqueólogos educados en las corrientes modernas, como la cognitiva, la interpretativa y la posmoderna, que han dominado en esta disciplina durante los últimos 20 años. Estas corrientes representan el triunfo de la subjetividad sobre la razón universal, donde el sujeto

no explica el mundo, únicamente lo interpreta, dando una lectura posible de muchas otras más que son igualmente válidas, y el entendimiento del "otro", del primitivo, del premoderno, es un terreno vedado para el arqueólogo. Pero esto sólo es una percepción errónea: la *Arqueología de la identidad* permitirá comprender y explicar las complejas estructuras mentales de las sociedades pretéritas; es decir, la arqueóloga está en posibilidad de explicar el pasado, y no sólo de interpretarlo, a través de la investigación de sociedades con una identidad análoga a la de las sociedades pretéritas.

La primera parte de este libro viene a ser la declaración de principios de esta nueva corriente teórica, como una salida a los marcos conceptuales de las escuelas anglosajonas, que permearon la investigación arqueológica durante el siglo xx, y que para la autora representan un estancamiento de la teoría arqueológica. Continúa con una extensa revisión de la historia humana y del ascenso de las sociedades con una conciencia metafórica, las cuales han impuesto su lógica a través de la conquista y el genocidio. Un punto importante es la visión novedosa del ascenso y decadencia de la llamada cultura megalítica, donde por primera vez se crea la división entre naturaleza humana y no humana, dicotomía que aún en nuestros días norma la visión del mundo que nos rodea.

Por último, y rebasando el plano arqueológico, la autora nos advierte que la sociedad actual es el último escalón de las sociedades metafóricas, donde la individualidad de cada uno de los integrantes es mucho más importante que en cualquier otro momento de la historia humana. La sociedad está generando individuos que se ven a sí mismos como únicos y diferentes a todos sus semejantes, a tal grado que el "otro" es cualquiera que no sea uno mismo, rechazando cualquier vida comunitaria. El eje temporal impone una presión tan fuerte que el individuo

se siente rebasado por todo lo que pasa a su alrededor y abrumado por el tiempo que le tocó vivir. Almudena Hernando nos dice que la *Arqueología de la identidad* viene a ser una forma de generar nuevas formas de identidad que le permitan a la juventud de hoy valorar su espacio vital y su inserción en el mundo que los rodea.

En fin, la *Arqueología de la identidad*, un libro novedoso en todos los sentidos, que de alguna manera nos enseña que, a pesar de la dificultad de entender al otro, esto es factible, siempre y cuando nuestra visión del pasado sea algo más que nuestro reflejo hacia las sociedades del pasado. ☞

Gabriel Vargas

La familia Burrón

Porrúa, 4ª ed., México, 2002, 408 págs.

Manolo Mores

Lucen de buen talante a pesar de los años, aunque la pobreza les siga quemando las pestañas por fantasear cómo salir de ella, habitual situación. Y, precisamente ése, el retrato de lo cotidiano, es el gran valor de la historieta de Gabriel Vargas, llevada al tomo 1 de Porrúa, quizás con intenciones de escapar del absurdo gravamen aplicable este año a revistas.

Todos están presentes, desde los naturales componentes de la burronada, pasando por el auténtico tractor, Floro Tinoco; los caciques Juanón Teporochas y don Briaguito, hasta Boba Licon, Cristeta y anexas. Cada cual con sus ocurrencias y achaques particulares.

Así, la calaca Borola lo mismo se las ingenia para diseñar un helicóptero de madera con el motor de una licuadora, que se lía a ráfagas de ametralladora contra los guardianes del orden. Tras la refriega, toda maltrecha regresa Borola a casa, enciende una hoja del periódico y se la comienza a fumar, no sin antes advertir: "No vayan a pensar que me

sonajió una mujer. Luché contra cuatro tecos... nos sonamos sabroso. Yo les daba de trompones y ellos me sonaban de garrotazos... me pegaron, claro, pero ellos no se fueron tan limpios..."

En otro episodio, con motivo de sus próximas nupcias, el vate Avelino Pilongano visita a sus protectores: "Aunque los Burrón son de mi altura intelectual, los invitaré para que estén presentes en mi boda... pobrecillos, yo creo que les va a dar gusto apadrinar a un poeta de altos vuelos". Al abrir la puerta de su casa Reginito, alias *el Tejocote*, lo recibe calurosamente: "¡Quihubo babotas, ¿qué aires te traen por acá?... ¡Papá! el poeta quiere hablar contigo. Cuidate, así como lo ves de mensito, es re abusado..."

También son re abusados los caciques de La Coyotera. Nadando en barriles de pulque, Briagoberto Memelas y Juanón traman cruzar pollos con cuacos. Ahora que la miseria del campo y las alteraciones genéticas están el debate, no dudemos que estos sinvergüenzones se salgan con la suya y den de comer a los campesinos de sus lares la pastura que se ahorren.

Mucho se habla en torno al afán lucrativo y poco didáctico de la historieta en México. La balanza se inclina sólo en dos direcciones. Por todos es conocido que este mercado está regido por el cómic estadounidense o por la historieta semipornográfica de bolsillo. Sin embargo, el éxito de Gabriel Vargas, con todo y sus faltas de ortografía, con todo y su visión poco profunda de los problemas políticos, económicos y sociales del país, radica en que lo que menos desea es pontificar. *La familia Burrón* es un retrato muy cercano de la fauna que habita la ciudad de México. Y es que si queremos resolver el asunto del campo, la inseguridad o la ausencia de poder que se vive hoy, hoy en México, seguramente los burrones no tendrán la solución... aunque de la güereja se puede esperar cualquier cosa. ☞